



LA INACABADA HISTORIA DE LA DEBIL MUJER FORZUDA DOLORES RICO

A media mañana suelo ir a tomar un café. Pero no hay que hacerse ilusiones; en la empresa no hay bar, ni el trabajo permite perder el tiempo saliendo a la calle para recorrer las dos manzanas que nos separan de la taberna más próxima. Nada de concesiones para eso están las máquinas y aunque revuelva el estómago el olor a café con leche que exhalan, como el aliento de una pesada digestión, se hace el simulacro de descanso intercambiando nuestra mala leche con la todavía peor de la maldita máquina. Aun allí, en el recodo del pasillo que alberga al artificioso pero eficiente artilugio entre el guardarropa y los retretes, me vienen a avisar de que me esperan en el despacho. «Malditos artistas», murmuro entre dientes una y otra vez. Porque sé que quien interrumpe aquellos momentos de evasión mecánica —tres monedas, vaso de papel con vomitivo caliente— es uno de ellos. Le veo en el mal llamado despacho, sentado en el angosto espacio que queda entre la mesa y la puerta, contemplando indiferente, cuando no molesto, las mamparas de cristal que aparentan aislarme de las otras mesas y las otras puertas. Sus palabras serán las mismas que las de los otros, con exacto acompañamiento de máquinas de escribir. Sólo variará el tono, falsamente modesto algunas veces, pretencioso otras, osado las más, engolado en ocasiones. «Yo soy el mejor», afirmará impudicamente y me mirará como si hablara con un miserable gusano, sin acabar de entender que está en mis manos su contratación.

Desde hace una temporada, me dedico a contratar artistas para circos y ferias. Y si bien es cierto que cuando comencé a ocuparme de este cometido sentía un cierto recelo, hoy me siento totalmente identificado con mi trabajo, que considero interesante y proporciona un magnífico aprendizaje para la vida. Para mí lo ha sido porque me ha hecho colocar los pies en el suelo y vivir en la realidad. Antes era egocéntrico y desconsiderado, sólo pensaba en mí. Hoy me preocupo de los otros y sólo busco complacer; contrato exclusivamente lo que

debo al público. Cumpla, pues, con lo que esperan de mí. Puedo, en consecuencia, parecer exigente, pero sólo lo soy en la medida en que me lo pido el deber.

Fue precisamente estando ante la máquina, apoyado en la puerta de los retretes, la imaginación perdida en lícitas evasiones, cuando me anunciaron que me aguardaba el artista de turno. Esta vez se trataba de una joven muy recomendada, de la que ya me habían hablado con anterioridad, haciendo grandes alabanzas de su habilidad, que, en principio, no me agradaba en demasía. Se trataba de una mujer forzuda. Con la natural desgana, me dirigí al despacho esperando encontrarlo íntegramente ocupado por el volumen de una musculosa dama. Mi sorpresa fue grande al ver ante mí mesa la antítesis de lo supuesto. Me cuesta trabajo describir toda la femineidad de la joven que contemplaba. Alta, esbelta y delicada, me tendió la mano con languidez. A continuación, me envolvió en una acariciadora mirada, apenas interrumpida por una ligera tosecilla. «Estoy algo acatarrada, no tengo muy buena salud», explicó a modo de disculpa con un tono de voz discreto y melódico. Irritado al ver por tierra mis suposiciones, reconozco que le hablé con poca cortesía. «Creí que iba a hacerme un alarde de fuerza y me viene usted enferma.» «¿Enferma? Nada de eso —protestó—. Tengo poca salud desde que nació, pero jamás estoy enferma. En cuanto al alarde de fuerza... si es lo que desea.» Y acto seguido, cogiendo la mesa con sus manitas estrechas de quebradizas muñecas, la levantó hasta el techo con la misma naturalidad con que se enciende un cigarrillo. En lo alto quedaron, sin la más pequeña oscilación, la máquina de escribir y la montaña de papeles y libros que ocupan habitualmente mi mesa. «¿Se convence?», me preguntó lanzando una ligera risita que no disminuyó su fortaleza. Protesté indignado: «¡Con qué derecho altera el orden de mi despacho! Debe dejar la mesa en su primitivo lugar.» Consintió resignada y con el máximo cuidado la colocó sobre el suelo. Inmediatamente preguntó de nuevo, esta vez con ansiedad: «¿Se ha convencido de mi fuerza? Yo soy la mejor.» «No estoy tan seguro. Su aspecto es insólito.» «¿Por qué?», quiso saber, llena de extrañeza. «Porque no es usted gruesa ni musculosa ni tiene barba.» «¡Oh!, forzuda no es lo mismo que barbuda.» «Lo sé, pero yo esperaba algo distinto, un aspecto más adecuado y contundente.» Mi interlocutora pareció presa de una súbita depresión; bajó los ojos y podría jurar que vi en ellos algunas lágrimas. «Lo sé, pero le aseguro que no puedo evitarlo. En realidad es a mi mala salud a lo que debo el ser hoy la mujer más forzuda de estas latitudes. No me mire con extrañeza. Trataré de explicárselo. Nací enclenque y de niña nadie hubiese dado

ninguna posetas por mi vida. Pero yo me aferré a la existencia y luché por salir adelante. ¡Y cómo luché! Aquí me tiene, fuerte como un toro... observe, observe...» Y la mujer, en un supremo y desesperado alarde, se abalanzó sobre mí y, haciendo caso omiso de mis protestas, me zarandeó y me elevó por el aire, haciéndome girar como a una pelota, apretando como colofón en un asfixiante abrazo del que, a pesar de todo, debo reconocer que salí sin el menor deterioro. La hubiera puesto en la calle sin ningún miramiento de no ser porque temía que fuera ella quien me arrojara a mí por una ventana o que el viento me pusiera de patitas en la calle por tratarse de una reconocida. La máxima prudencia me hizo pensar de nuevo en lo que yo esperaba de mí y recurrí a una solución infalible: la amabilidad. «Lo hizo usted muy bien. Su fuerza es realmente impresionante, pero me temo que si queremos obtener el éxito que se merece deberemos cambiar su aspecto. Tendrá que dejarse de debilidades. Al fin y al cabo es una falsa apariencia.» La joven se negó con energía. «Eso nunca. No puedo renunciar a mí misma.» «Pero está diciendo una incongruencia. Usted es fuerte, una de las personas más fuertes que he conocido.» «Naturalmente. Ya le he dicho que soy la mejor. Sin embargo, ¿puede usted explicarme qué sentido tendría mi fortaleza si no es el de dar aliento a mi debilidad? ¿Para qué me serviría haberme endurecido si renuncio al enclenque ser por cuya supervivencia tanto he luchado? ¿Cómo permitirme dejar de ser aquello que siempre he deseado sacar adelante? ¿Acaso me está sugiriendo que renuncie a mis principios y sea como aquellos que se esfuerzan por enriquecerse, olvidando a continuación su modesto origen? No. Eso, aunque me lo pida, no lo haré.» Después de escucharla, medité cuidadosamente. Me encontraba ante un problema difícil de dilucidar. Porque debo insistir en el hecho de estar obligado a contrastar lo que me pide el público. El es quien paga y manda. De sobra sé que es incierto y arbitrario y caprichoso. Por eso, debo tener más cuidado. Hay que buscar siempre la aceptación. ¿Acogerán bien a una mujer forzuda capaz de levantar hasta el techo una pesada mesa con una sola mano o de hacer bailar a un hombre en el aire como si fuera una cometa? Posiblemente sí, siempre que su fortaleza se verificara dentro de lo tradicional: una contundente musculatura, un volumen adecuado, un aspecto masculino, ya que la aceptación del público estaría basada en la conversión de la mujer en varón. ¿Sería bien recibida en las barracas y escenarios aquella delicada figurilla, con su carga de debilidad? Era de suponer que lo sería siempre que se dedicara a cometidos más propios de su sutil femineidad. ¿Cómo compaginar ambas cosas sin exponerse a la marginación? Me fastidia la gente que no sabe

renunciar, aquellos que pretenden alcanzarlo todo. Y que nadie me venga con remilgos y me diga que no puede; bien he podido yo abandonar aquel lado de la mesa desde donde antes decía con falsa humildad, con verdadera osadía, pretensión y engolamiento: «Yo soy el mejor.» Y bien se ve que estoy feliz en esta otra situación, que considero privilegiada, sobre todo cuando caigo en la cuenta de que lo más fácil suele ser casi siempre lo más práctico, y lo más práctico es indudablemente lo mejor. De esta forma, entre el subjetivo: «soy el mejor», y el objetivo hecho de tener lo mejor, prefiero este último, por creerlo más preciso y evidente. Y cuando, al fin, cansado de tanto sentimiento baldío, tanta duda y tanto sufrimiento, había escogido un planteamiento de vida que me hacía sentir una desacostumbrada seguridad, la que me proporcionaba el criterio ajeno, me encuentro con un problema indisoluble. ¿Contrato o no a esta frágil fortaleza femenina que tengo frente a mí? En definitiva, ¿qué hacer con la débil mujer forzada? O decido sin miramientos, sin ningún tipo de contemplación, sin caer de nuevo en la inseguridad, o medito, pienso, me pongo en su lugar y pretendo encontrar una respuesta a mi manera; entonces me temo que volveré a instalarme al otro lado de la mesa para afirmar pretenciosamente «yo soy el mejor» mientras por dentro va la procesión.

LA PAJARA PINTA

RAFAEL ALBERTI

EDICION DE CARLOS RUIZ SILVA

No es decir nada nuevo el afirmar que Rafael Alberti es, ante todo, un poeta. Pese al no escaso número de sus obras escénicas, el autor de *Sobre los ángeles* ha creado su fundamental edificio literario sobre la palabra poética más que sobre la dramática. Esto no significa, sin embargo, que su teatro carezca de importancia en el conjunto de su «ópera omnia». Ya Ricardo Doménech, uno de los máximos conocedores del teatro de Alberti, señalaba en un interesante estudio: «Conviene subrayar que este quehacer dramático reviste una importancia de primer orden, aunque haya estado a punto de ser eclipsado por dos enemigos muy poderosos: el teatro de García Lorca —tan afín en no pocos presupuestos— y la poesía del propio Alberti» (1). Pues bien, durante «sus» años veinte —que coinciden cronológicamente casi de manera exacta con «los» años veinte —Alberti tiene una relación muy intensa con la escena. Hasta 1931, en que se estrenan *El hombre deshabitado* y *Fermín Galán*, piezas que han llegado hasta nosotros íntegramente y que suponen ya un teatro de juvenil madurez, Alberti había escrito o programado nada menos que siete obras dramáticas. Robert Marrast, en su excelente monografía (2), señala los títulos, años y carácter de las piezas: *Ardiente y fría* (madrigal dramático, hacia 1924), *La novia del marinero* (auto en verso, hacia 1924), *La Pájara Pinta* (guirigay, 1925), *Lepe, Lepijo y su hijo* (farsa, hacia 1930), *El enamorado y la muerte* (romance escenificado, hacia 1920), *El hijo de la gran puta* (farsa, hacia 1930) y *Santa Casilda* (misterio en tres actos y un epílogo, en verso, hacia 1930) (3). Pese a que todos los proyectos de escritura teatral del

(1) R. Doménech: «Introducción al teatro de Rafael Alberti, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 259, p. 95, Madrid, 1972. Este amplio artículo constituye una de las escasas aportaciones valiosas para el estudio del tema.

(2) *Aspects du théâtre de Rafael Alberti*, pp. 9 a 26, París, 1967.

(3) Según hemos podido saber por el propio dramaturgo, ni *El hijo de la gran puta* ni *Lepe, Lepijo y su hijo* llegaron a escribirse: *Santa Casilda* permanece